

A MANERA DE PREAMBULO

AL fundar la Diputación de Madrid la revista CISNEROS, donde se recopilan periódicamente en su crónica provincial los hechos más destacados de la actividad administrativa llevados a la práctica por la Corporación en sus múltiples cometidos, parecía haberse dejado un vacío o, por lo menos, algo que se relacionase con el gran personaje cuyo nombre se tomó como titular de la publicación, máxime habiendo sido, al igual que Cervantes, oriundo de uno de los burgos más destacados de nuestra geografía local, que le dió ya fama por el mero hecho de haber nacido en "TORDELAGUNA".

Variados han sido los artículos que la Diputación me permitió aflorar en su Revista sobre múltiples temas locales. Pero un alto en el camino me hizo reparar en mi embriaguez indagatoria, que me inducía a desviar por otros cauces mis actividades en busca de desagranos con que subsanar irreparables olvidos, que no por el tiempo transcurrido desde aquel Siglo de Oro, son por ello menos excusables.

Para biografiar a Cisneros es preciso, o ser demasiado meticuloso y paciente, en cuyo caso se pecaría de demasiado machacón y poco ameno, o escudándose en la buena fe, ingenuidad y buena voluntad, hacer un resumen extractado que fuere lo más ameno posible en sus diferentes efemérides, exponiéndolas a modo de cuento o trovada narración, ya que otra cosa no cabría en el marco de esta publicación, y sería devorada por la crítica apenas iniciado el empeño.

Muchos lugares de dentro y fuera de la provincia evocan la memoria de Cisneros "el justo", aquel rey con capucha que sujetó con férrea mano a una España que se desmoronaba por momentos en anárquicos desmanes de la nobleza, y si ejerció sus mandatos con armas de dictador, puede decirse que fué el más noble que haya regido los destinos de España, que al igual convocaba a los pobres al festín de la sabiduría, que a todas las gentes de la vieja raza a las gloriosas exaltaciones de la Paz y de la Justicia, aplicando el castigo ejemplar, la mayoría de las veces muy benigno, tanto al alcurniado como al plebeyo que trataran de eludir la ley. Aún hoy en Torrelaguna, donde se meció su cuna, hasta los niños y las piederres hablan del Cardenal (como si lo hubiesen conocido), al igual que en las calcinadas llanuras castellanas, donde persiste la sombra del justo gobernante de faz austera, como las montañas que vieron su niñez, pero de entrañas piadosas, para ejemplo de generaciones presentes y futuras.

Alcalá, con su Magistral tan vilmente profanada; su Universidad, hoy triste despojo lacerao en vías de curación (lenta), con sus patios destrozados, su paraninfo silente, que llegó desde el más alto sitio de la cultura al más bajo y ruin de sus destinos al dedicarlo a ¡pajar! La capilla de San Ildefonso, lóbrega, rota y húmeda, donde se pudrieron los huesos del fundador, y si fuera de la provincia evocamos nombres familiares al Cardenal, Toledo de sus dobles amores, el primero al profesar en San Juan de los Reyes como el más humilde lego de su comunidad, después a las asperezas del Castañar, y su otro amor, la Primada, no por sus rentas y ostentación, sino por aplicar sus cuantiosos ingresos a la caridad, hospitales, orfanatos y centros de cultura para poner remedio a la "dañosa ignorancia". Burgos y la "casa del Cordón", su palacio; la Cartuja, donde ofició y asistió a doña Juana la Loca cuando destapó y desenterró el cadáver putrefacto de su marido para pasearlo por toda la geografía hispánica. Palencia, Torquemada, donde aún parecen humear los pertinaces hachones y lutos de la reina perturbada. Tordesillas, Simancas, Atienza, Sigüenza, donde fué Vicario General y Capellán Mayor, fundando una Universidad. El Castillo de la Mota, donde la Reina Católica, al morir, le nombra albacea testamentario. Madrid (capital) conserva buenos recuerdos del Cardenal en su barrio de la Morería (Puerta de Moros, plaza de los Carros, plazuela y costanilla de San Andrés), con las casas de los Vargas y los Lassos de Castilla, aposeñadora esta última del fraile coronado; San Francisco el Grande, Los Jerónimos (entonces extramuros), Casa de los Lujanes y de Cisneros, aunque esta última construida por un sobrino suyo muchos años después de muerto el Cardenal.

En todos estos lugares se desarrolló, vigorosa, la actividad gubernativa del ilustre purpurado, solitaria figura de la raza y varón inclito en todas las virtudes cristianas, civiles y políticas, sólo comparable "a sí mismo", pues que en España no se conoció a nadie que le hubiese superado en sus actividades y virtudes.

Voy, pues, a presentar en la Historia el retrato y el recuerdo de un hombre al que se ha biografiado infinidad de veces, y que, dado mi criterio libre de trabas y prejuicios, procuraré hacer la justa descripción más allegada a la verdad que la imperfecta mente humana puede juzgar sobre hechos y circunstancias ajenos, muchas veces, a la voluntaria buena fe que ponemos para examinar las cosas.

En el caso Cisneros, es muy difícil presentarlo adecuadamente y hacer sacar de su figura un juicio integral y ecuaníme, puesto que encerraba en sí dones de santidad, de gran estadista, de inteligencia privilegiada y de voluntad suficientes para plasmar muchas grandezas en un varón de la atlética contextura moral y extraordinaria personalidad de un calibre insospechado en persona humana. Tan grande como su época precursora inmediata de nuestro Siglo de Oro, brilla con luz propia e intensa en la política, la diplomacia, las letras, en la santidad, en la humildad, en la dignidad, en la audacia, en la aventura, en el gobierno de la nación, como Prelado, como Mecenas de las Letras y las Artes, como fraile y hasta como estratega en la guerra, y, por último, como hombre. Y así podría continuar un preámbulo que, de dar alas a la pluma, se terminaría por no dejar espacio a la materia base de este resumido trabajo, que con mi mejor voluntad iré sucesivamente "hilvanando".

EL CARDENAL CISNEROS

I.—GENEALOGÍA DEL ILUSTRE PURPURADO

Antes de pasar adelante digamos algo de sus padres, y aun más antiguos ascendientes. Algunos autores (Prescott entre ellos) han pintado a Cisneros como de baja extracción, acentuando la nota de su inclinación al pueblo y desvirtuando los móviles de la energía con que reprimió a los revoltosos de la nobleza, y enemigo de la distinción de clases y títulos nobiliarios. Con todo, parece suficientemente demostrado que Cisneros era de ilustre familia venida a menos por adversidades de los tiempos, aunque no necesitó nunca de los timbres nobiliarios de su raza para su gloria, ya que bien puede decirse que fué «hijo de sus obras» y el verdadero engrandecedor de su linaje.

Galíndez de Carvajal dice así: «Las armas de Cisneros... son quince jaqueles, los ocho dorados y los siete colorados, como hoy vemos que las traen los de aquel linaje, y el Cardenal de España, don Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo y Gobernador destos reinos», lo cual por parte del Cardenal, tan poco pagado de honores vanos, es una declaración oficial de su entronque con aquella casa hecha por el propio interesado.

La Casa Cisneros, de antiquísimo abolengo castellano, parece remontarse a los Téllez de Girón y Fruela el Diácono, nieto de Fruela II y la princesa Jimena de Navarra.

El solar de los Cisneros o Ansúrez estuvo en la villa de Cisneros (Palencia), tierra de campos góticos. Los primeros representantes de este linaje perdidos en la leyenda fueron herederos del Conde de San Díaz (o Sancho Díaz de Saldaña), padre de Bernardo del Carpio, y otro personaje igualmente célebre, el Conde Fernando Ansúrez (uno de los cuatro Condes castellanos muertos alevosamente por Ordoño II en el siglo X). Cisneros, Saldaña y otros pueblos de estas tierras evocan aquellos lejanos tiempos, al igual que numerosas ruinas de monasterios y castillos, mudos testigos de epopeyas de reconquista.

La villa de Cisneros, abundante en cisnes y aguas, muestra en sus fachadas escudos con estos animales alternando con los jaqueles.

El primer rico-home que recuerda la historia con el nombre Cisneros, fué un tal Gonzalo, que se rebeló tres veces contra Alfonso VI, huyendo a Portugal, donde murió en 1133.

Su hijo Rodrigo de Cisneros, también «rico-home de pendón y caldero», fué poblador de Valladolid y Ciudad Rodrigo. Cambió su nombre de Cisneros por el de Girón, según se deduce de la siguiente leyenda:

*En la sangrienta batalla
que en la Sagra ha sucedido,
don Rodrigo de Cisneros,
con ánimo no vencido,
revuelto con los paganos,
anda de ellos mal herido,
queriendo cobrar él solo
el ejército perdido.*



En esto se encuentra al Rey, que ha perdido su corcel, y en trance tan apurado le presta el suyo para que huya de caer prisionero. El Rey sube...

*Y al subir que iba subiendo,
un "girón" del real vestido
se le caía, y el Conde
lo cortó y guardó consigo.*

El Rey salvóse, cayendo prisionero el Conde. Durante el cautiverio, otro caballero, suplantando al héroe, a quien el Rey no conoció porque iba cubierto con la armadura, consiguió favores del Monarca, atribuyéndose el lance. Pero don Rodrigo recobra la libertad y reclama el derecho que demuestra, enseñando al Rey el «girón» que arrancó de su mantelete, pidiéndole por único favor que

*Por el "girón" que he traído,
que lo ponga por mis armas
y dél tome mi apellido.*

También por entonces corrió una quintilla que resume así el lance:

*Fama en Cisneros pusistes
de leal generación,
pues vuestro Rey socorristes
y ganasteis el "girón".*

De aquella época data, pues, el apellido «Girón», el que puso por sus armas, como los Osuna, Villenas, Ureñas, Pachecos y otros en el escudo esculpido en un esquinazo de la iglesia de Villafilar, extremuros de Cisneros, usado después por su hija doña Urraca Ruiz de Cisneros, heredera del Mayorazgo, y que casó con Rodrigo Martínez Osorio.

Gracia Dei nos habla en dos quintillas del escudo cisneriano:

*Esos tus quadros, Cisneros,
siete vi con sangre escritos,
las vehetrías dineros
pagan a tus cavalleros
y a ese buen conde Dormitos.*

*Tuyos son, y tú con ellos,
Bermudes, Girones, Tello's,
también es tuyo Bernaldo,
a los Reyes de León saldo
y el muy mal pagado dellos.*

Vienen después los nombres de Gonzalo Cisneros, Rodrigo González de Cisneros, Ruy González de Cisneros, apareciendo en el siglo XIV otra rama con Enrique Cisneros, don Carlos y don Pedro, descendientes de Alfonso XI por la rama bastarda. Pero éstos nada tienen que ver con nuestro Cardenal.

Por fin, aparece un don Gonzalo Ximénez de Cisneros «el Bueno» (¿Gonzalo Ruiz Girón, señor de Cisneros, de Villaizar y Villarén?). Le sucede su hijo, Ruy G. de Cisneros, casado con doña María Téllez de Meneses, llamada «La Raposa» por sus malas artes. El parentesco de estos señores de «La Banda» con el Cardenal, parece probable. Pero es un Juan Ruiz, o Rodríguez de Cisneros, nieto del famoso ricohome de Alfonso X el Sabio, el que tiene más visos de parentesco con Cisneros, por creerle padre del bisabuelo del Cardenal.

Don Ruy y don Toribio murieron en las guerras con los moros. El primero en el sitio de Carmona, en 1371, por su Rey don Enrique II, y el segundo en la primera batalla de Olmedo, el 29 de mayo de 1445.

En tiempos de don Toribio debió venir a menos la familia, ya que no vuelven a figurar sus nombres en las «Crónicas Castellanas».

Hijos de don Toribio fueron don Lope García Ximénez, en quien recayó el Mayorazgo; don Alvaro, que fué clérigo y educó a su sobrino el Cardenal, y don Alfonso el menor, padre del Arzobispo.

El hijo mayor, heredero del Mayorazgo, según la Ley, se quedó en la casa paterna, venida muy a menos, casando con doña María de Tobar, con la que tuvo a doña María Ximénez de Cisneros, heredera de la Casa, y al ilustre religioso Fray García Ximénez de Cisneros, de la Orden de San Benito y Abad Gobernador de Montserrat, autor del libro «Ejercitatorio espiritual», base de los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Y llegamos al tercer hijo de don Toribio y padre de nuestro biografiado, don Alonso Ximénez de Cisneros.

Este y don Alvaro, por no llegarles la escasa hacienda, deciden salirse del pueblo para buscarse la vida, y con intención de dedicarse al estado eclesiástico. Don Alvaro lo consiguió, no así don Alonso, que ni le llamaba Dios por los caminos de la Iglesia ni por los de las armas, y atravesando las tierras de Campos se encamina a Salamanca, donde cursa Derecho en su Universidad. Pero careciendo de disposiciones para proseguir, y no adelantando gran cosa en sus estudios, recurre a algunos amigos que le recomiendan para obtener una comisión sobre la Colecta de Diezmos Pontificios, que el Papa había concedido a los soberanos españoles durante la guerra de Granada, siendo el lugar de su destino y actividades el pueblo de Tordelaguna.

Una vez aposentado en el pueblo, un buen día es requerido para que preste sus servicios como Procurador de Causas (cargo que ejercía al mismo tiempo por sus estudios salmantinos) en casa de doña Marina de la Torre, con objeto de auxiliarla por un asunto de escrituras de la Villa, en las que intervenía el Marqués de Santillana. Estas visitas a la casa de D. Jordán y de su hija Marina dieron lu-

gar a que don Alonso se fuese aficionando a la hidalga, hasta que el pleito terminó en boda.

Réstame ahora exponer el árbol genealógico del Cardenal por la rama de su madre, doña Marina de Astudillo y de la Torre: era hija del hidalgo don Jordán Sánchez de Astudillo, caballero de la Orden de Santiago, y de Juana Gutiérrez de la Torre, hija de Hernán Pérez de la Torre (1).

No ha podido averiguarse a ciencia cierta dónde nació doña Marina. Sus padres, por lo menos, eran oriundos de Astudillo, a 28 kilómetros de Palencia, y ella podría haber nacido en Torrelaguna, donde sus padres residían en aquella época. Sus blasones parecen datar de tiempos de don Alfonso VI, pues hubo un caballero de Valdecuña, valiente mozo que se puso a las órdenes de Alfonso VI, el cual apreciaba mucho sus dotes guerreras. Pero el tal caballero mató en duelo a un señor de la Corte, al que el Rey apreciaba mucho, cayendo por lo tanto en desgracia con el Monarca. Retiróse del reino, evitando la cólera del Rey, hasta que pasado algún tiempo volvióse a Madrid en ocasión que el soberano sitiaba la plaza, en poder de los moros, no consiguiendo entrar en su recinto. En esto se le presenta el caballero y, arrojándose a sus plantas, le suplica señale un sitio de honor y de peligro para ganar su gracia y favor. El Monarca, indignado, le responde: «El puesto que os corresponde es dentro de la plaza, entre los enemigos de la Real Corona».

Dicho y hecho, el valeroso caballero entró en el recinto amurallado con dos de sus hermanos y otros oficiales de la tropa, apoderándose con tal suerte de una torre, que facilitó la conquista de la plaza, con lo que el Rey, satisfecho de tal hazaña, le otorgó su gracia, dándole por armas una torre en campo azul con dos leones de oro a sus lados, aludiendo a los dos hermanos que le habían ayudado en la difícil empresa. De aquí que los descendientes, entre ellos don Hernán, tomaron el nombre de «la Torre».

Y ésta es, en breves y resumidas líneas, la mayor parte de la familia y antepasados del Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros, cuyos padres pasaron sus largos días de estrechez y penuria en Tordelaguna, donde aún vive palpitante el recuerdo del egregio prócer, cuya personalidad olvidada en el resto de España, como gloria o meteoro que traspuso el horizonte histórico, allí sigue teniendo actualidad su gran figura, viviendo su nombre y su fama.

2.—NACIMIENTO DEL CARDENAL Y SUS PRIMEROS AÑOS

Del matrimonio Alonso-Marina nacen tres hijos varones. El primero fué Francisco (en religión), pero bautizado con el nombre de Gonzalo. El segundo se llamó Juan, y el menor, Bernardino, hombre entrado en religión, pero de vida desordenada y turbulenta.

Francisco nace en 1436, sin poderse precisar mes ni día, y aún el año lo ponen algunos historiadores en el 1437.

La reconstrucción de la historia del Cardenal en los primeros años de su vida resulta, con los escasos datos conocidos, casi absolutamente imposible. El silencio del propio interesado, que, por modestia o seriedad de carácter, hizo el vacío sobre ella, ocultándola hasta a sus íntimos, la han dejado escondida e inédita en el misterio del pasado.

La estrechez y modestia del hogar, agobiado de penurias, harían aquellas sus vidas familiares de una monotonía vulgar y corriente, aunque dedicadas a dar una esmerada educación al primogénito, en lo que permitían sus flacas fuerzas. «Desde niño que supo hablar», lo enviaron a la villa de su nombre, a casa de su tío, con objeto de que continuase educándole. De Cisneros pasó, contando seis años, a Roa, donde su tío Alvaro tenía un beneficio, enseñándole a leer, cosa que entonces se hacía exclusiva-

(1) En aquella época era frecuente cambiar el orden de los apellidos, anteponiendo los solariegos a los patronímicos, y aún omitiendo algunos.

mente en las iglesias (2), ya que la enseñanza particular con maestros era carísima, llegándose en aquella época a vender los padres las haciendas para dar enseñanza a sus hijos. Y como rara coincidencia y misterio, vemos cómo inicia su instrucción en Roa, villa que muchos años más tarde le vería morir.

3.—PASA A ALCALÁ Y SALAMANCA

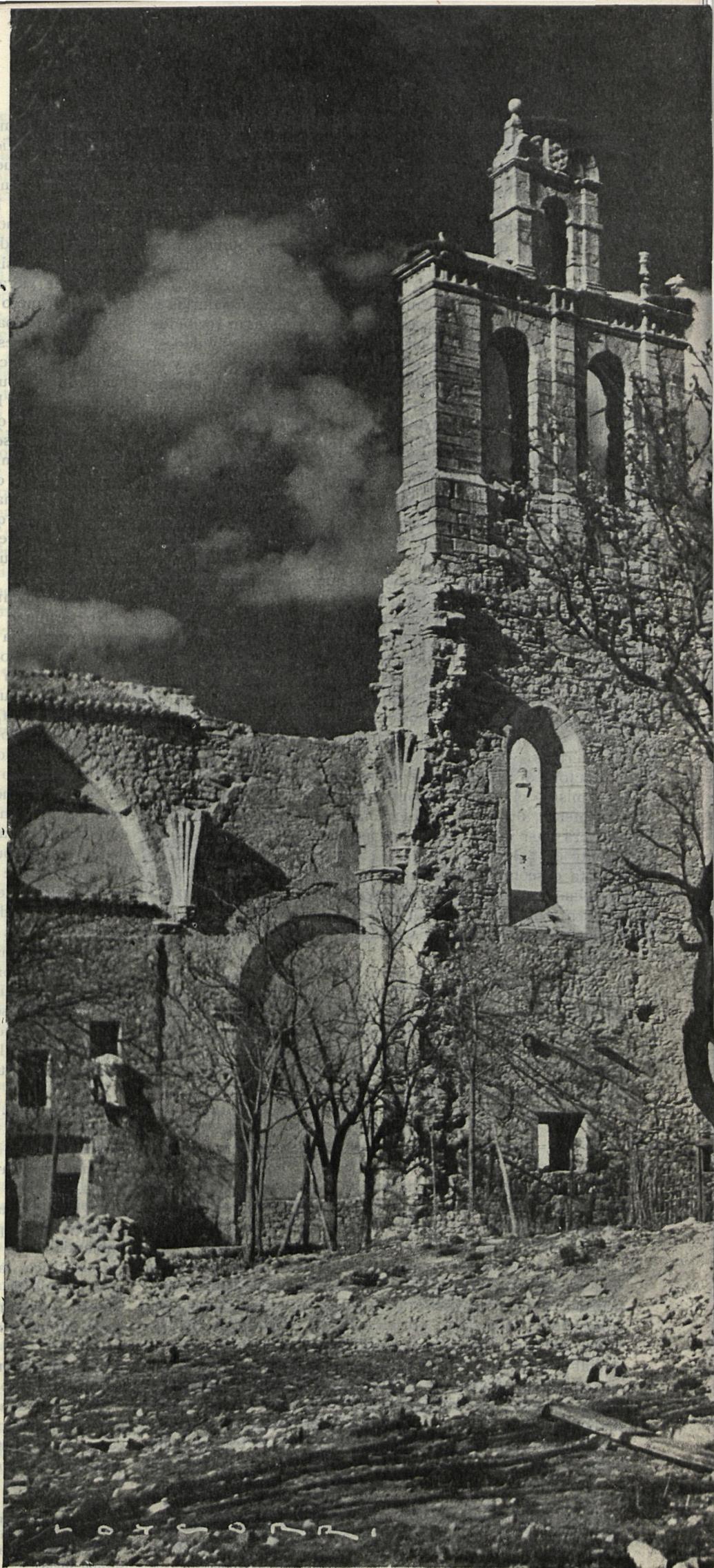
De Roa pasó a estudiar, más de asiento, a Alcalá de Henares, el latín y humanidades, contando por entonces unos doce años. ¡Quién le habría de decir al entrar, medroso y sobrecogido su infantil espíritu en la Ciudad de las Ciencias, que años después habría de ser él la primera figura de Complutum, de Castilla, de Europa y de la misma América! Aquel mancebito aldeado llevaba en germen «madera» para plasmar todos los dones y cualidades que después se vieron aflorar en su persona.

Los métodos de enseñar eran tan férreos como el siglo, dándose casos de matar el profesor a golpes y malos tratos a sus alumnos. Pérez de Ayala habla de la «grosería del bárbaro modo de enseñar en España por entonces»... El postulado «la letra, con sangre entra», daba derecho a los «lectores» a constituirse en verdugos, haciendo de las aulas lugares de tormento. Alfonso el Sabio comienza a reglamentar y suavizar los estudios, siendo los Reyes Católicos los primeros que hacen obligatoria la primera enseñanza.

El ingenio vivo y despejado de Cisneros, a quien su madre de niño no dejaba de repetirle «mi hijo el Cardinal», como si presintiera el destino de su vida, hizo que le mandasen de Alcalá a la Universidad salmantina. Pero salir hacia una Universidad «lejana» (en aquellos tiempos) sin dinero, a la aventura, a lo desconocido, era una hazaña temeraria. La falta de «blanca» fué siempre dolencia tradicional de nuestros sabios, capitanes, descubridores, santos. Cervantes, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Santa Teresa y aun la Reina Católica, «no te-

(2) Los clérigos enseñaban a leer y escribir, de modo que la Iglesia tuvo durante toda la Edad Media el monopolio de la enseñanza. Las ciencias y letras se refugiaron en los claustros de las **abadias**.

Ruinas de un convento de Torrelaguna. El tiempo ha vencido casi esta huella del genio creador de Cisneros. No obstante, todavía se alza en el cielo la silueta de una torre en la que el escudo del Cardinal simboliza en lo alto la inmortalidad del hombre que nació en Torrelaguna modestamente y que, modestamente también, se impuso en la historia de su época. (Foto Loygorri)



nían blanca» en muchas ocasiones; díganlo si no el empeño de sus joyas para la empresa de América.

Y así llegó Gonzalo a Salamanca, donde, a fuerza de apuros y penalidades, conseguiría sus primeros grados universitarios, no sabiéndose tampoco las fechas de estos jalones de su vida, suponiendo el P. Villada que sería por el 1451 al 56, de sus quince a veinte (3) años, aprendiendo Teología con el maestro Roa por el 1465, a los veintisiete años.

Los estudios le fueron muy fatigosos por sus penurias y humillaciones, ya que los estudiantes pobres eran recibidos por los ricos y más viejos con bochornosas hostilidades. La pobreza y hambre estudiantiles se hicieron clásicos, y el frío proverbial de la frigidísima Salamanca hacían patear en clase a los estudiantes, algunas veces para interrumpir al profesor, pero la mayoría para entrar en calor, llegando a veces a tener los pies «sin sentido».

Para ayudarse, Cisneros hubo de regentar una «pasantía», haciéndose «Bachiller de pupilos» en una de aquellas posadas salmantinas que se llamaron de «Pero el Cojo», «Abraza Mozas», «La Alegría», de «Raspagatos» u otras por el estilo. Su cometido consistía en sentarse a la mesa dos veces con los estudiantes para repartirles la escasa ración, al estilo del *Dómine Cabra*, que las patronas y criados les sisaban con sus marrullerías.

El Bachillerato que los ricos terminaban en tres años, a los pobres les costaba cuatro. Iban vestidos mucho más pobremente que los pudientes: chambergo rústico y capa corta y pingajosa, para ocultar otras deficiencias, a lo mejor más vergonzosas, del traje, llamándoseles «capigorrones» o «capigorristas», pasándose muchos ratos en la sacristía de la Universidad calentándose en los braseros de los clérigos.

Doctoróse en ambos Derechos, aunque él se nombraba a sí mismo el «Bachiller Gonzalo», título barato y sencillo de obtener, no así el de Licenciado, y sobre todo Doctor, que era casi inaccesible a los pobres, aunque tuviesen el talento de Salomón.

Esta desconcertante perspectiva y visión fué lo que hizo germinar en el ánimo de Cisneros el proyecto de redimir al talento de las cadenas de la pobreza, proyecto que ya veremos cómo cristalizó en su magna obra de la Universidad complutense.

Ximénez vuelve a su casa graduado en Derecho, poniendo a manera de cátedra o bufete consultatorio económico para ayudar a su padre, que, como dijimos, ejercía como Procurador de Causas, consiguiendo más fama que caudal, por lo cual puede colegirse la aversión que, siendo ya Cardenal, tuvo al estudio de las leyes, estando cerca de proscribirlo en su Universidad alcalaína.

4.—VIAJE A ROMA. SE ORDENA SACERDOTE

Tampoco se sabe la fecha exacta de su viaje a Roma, ni si se ordenó allí sacerdote, o iba ya ordenado de España. Lo más probable es que se ordenara en la Ciudad Eterna, al parecer, muy poco tiempo después de su llegada.

Varias causas concurrieron a tomar esta determinación; una de ellas fué obedeciendo a un voto de su padre, arrepentido de haberse vuelto atrás en esta carrera, pero esta suposición puede darse por descartada. Fueron su tío Alvaro, con sus consejos, y, sobre todo, su temperamento genial y positivo, confrontando con las tristes circunstancias que le rodeaban, y siguiendo el «común instinto de todos los mortales de librarse del duro yugo de la necesidad», lo que más pesó en aquella determinación.

Su padre le mandó a Roma (4) para que le trabajase un asunto, y de paso, con el fin de que en aquella ciudad po-

(3) Se hizo bachiller *in utroque*, como entonces se decía, a los dieciocho años.

(4) En 1459, para unos, y en 1465, para otros. Esta última fecha parece la más probable, ya que fué la de su regreso de Roma.

dría hallar, como otros muchos, caminos seguros para escalear los beneficios eclesiásticos que en Castilla le serían cerrados, ya que por entonces no había lugar a derecho ni era tenida en nada la hidalguía antigua, que encontraba cerrados todos los horizontes.

Llegada la hora de partir, y despedido de su padre, al que no habría de volver a ver, montó en una mísera mula de alquiler y, sin apartar la vista de sus padres y del pueblo que le viera nacer, emprendió el éxodo que había de presidir primero el dolor, para más tarde alcanzar la gloria.

Meditando iba con esa ansiedad del que sale por primera vez de sus lares en busca de la aventura en lejanas y extrañas tierras, cuando ya en Aragón, al llegar a un despojado, le salió una partida de malhechores, de las muchas que infestaban los caminos, y cayendo sobre él, le quitaron el poco dinero que llevaba y la cabalgadura que montaba.

Gonzalo no se arredra por el percance y, reaccionando, continúa el camino a pie y sin dinero; en su raza de temperamentos no cabe el retroceso.

Todavía no habían fundado la Santa Hermandad los Reyes Católicos, que juzgaba y castigaba estos hechos, sin apelación y severísimamente: «Que el malhechor reciba los Sacramentos que pudiere recibir como católico cristiano, e que muera lo más prontamente que pueda para que pase más seguramente su ánima».

No terminan aquí los males de este accidentado viaje, pues cruzada la frontera, cerca de Le Perthus (5), le vuelven a salir otros forajidos que, al no hallarle moneda que robar, le dejan sin ropas y sin los papeles que portaba. Pero dió la casualidad que pasó por allí también, camino de Italia, su patria, un buen amigo suyo y compañero de Salamanca, llamado Brunetto, que volvía a su país, el cual le adelantó todo lo necesario para continuar el viaje.

Muy grabado debió de quedar en su mente el remedio a tan amargo lance, pues aunque fué hombre de muy pocas palabras y no hablaba de sus tiempos pasados, dejándolos en la más densa penumbra, en cierta ocasión, y ya de Cardenal, mandó buscar al amigo que tanto le ayudó en aquella empresa. Le recibió con mucho júbilo y, queriéndole retener familiarmente consigo, favor que a pocos hacía, Brunetto le respondió como el salmo de David: «Cuántos son, señor, los años de mi vida para vivir los que me quedan en tan gran casa como la vuestra; porque os ha de ser vuestro servidor gravoso, no tengo necesidad de mudanza. Permitid que me vuelva a mi pequeño beneficio y que muera en reposo en mi país y en mi iglesia». La moderación del uno fué tan admirable como el reconocimiento del otro. Brunetto le dió las gracias al Cardenal y éste le hizo grandes presentes antes de su partida.

Por fin llega a Roma, de cuya estancia y actividades se sabe muy poco. Se dedicó a la abogacía consistorial, siendo su estancia en la Ciudad Eterna de relativa corta duración, ya que la muerte de su padre le obligó a volver a España para atender a su madre y hermanos desamparados.

Lo que sí puede decirse es que en aquella época de Roma gozaba del respeto, cordialidad y aprecio del Papa, pues hablando de él el Pontífice dice «ser grande su preminencia científica, la honestidad de su vida y grandes los ejemplos que da de probidad y virtud». Todos estos honores y seguro porvenir los sacrifica en aras del amor filial, donde le llama su conciencia de buen hijo.

5.—MUERE SU PADRE Y CISNEROS REGRESA A TORRELAGUNA

Corría el año 1465 y, a la caída de una triste y nubosa tarde de noviembre, cruzaba un pobre clérigo los yermos campos de Castilla en dirección a Torrelaguna, montando una ruin mula de alquiler cargada con su bagaje de libros

(5) Otros autores ponen este lance en Aix-en-Provence, cerca de Marsella, o sea a 340 kilómetros de Le Perthus. Si dicho «atracó» fué realizado pasada la frontera, tenía que haberle ocurrido en este último lugar.